

En el 70 aniversario de Salvador Allende

por Volodia Teitelboim

Que un hombre llame por teléfono a su mujer pasa todos los días en cualquier parte del mundo y a nadie puede llamarle la atención. Pero éste era un telefonazo muy singular. “Te hablo —le decía— desde la Moneda. La situación se ha tornado grave. Yo voy a quedarme aquí. Tu permanece en Tomás Moro. . .” Cortó.

La mujer recuerda lo que vino después. Cerca de las once treinta horas apareció sobre la residencia un helicóptero de reconocimiento. Se iniciaron los bombardeos aéreos. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora, de destrucción.

El hombre del telefonazo había muerto.

“Cuando llegamos —rememora— al cementerio de Santa Inés en Viña del Mar, caminamos en silencio hasta la cripta familiar. En el mismo lugar donde enterramos hace un mes a Inés Allende, hermana de Salvador, que murió de cáncer. Tomé unas flores cercanas y las arrojé a la fosa cuando estaban paleando la tierra. Y dije: “Aquí descansa Salvador Allende, que es el Presidente de la República y a quien no han permitido que ni su familia lo acompañe.”

Hortensia evoca a su marido y ese último llamado. Ahora, con las lágrimas secas, conmemora, como tantos en todo el mundo, el setenta aniversario de su nacimiento. Salvador Allende llegó a la vida el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, donde siempre se respira el aire salino del Pacífico. Tenía la pasión por la justicia y la libertad en la sangre. Su bisabuelo fue guerrillero en la lucha por la Independencia de Chile contra el dominio español, en la época en que Kutúsov enfrentaba a Napoleón. Su abuelo, médico, senador radical, fundó en 1871 la primera escuela laica del país. Sus enemigos de la oligarquía lo apodaban no sin razón el “Rojo Allende”. El nieto estudiará también medicina. En la Universidad se apasiona por las ideas del socialismo. Se embebe en la Historia de la Revolución de Octubre. Dirige un grupo de avanzada estudiantil, “Avance”. Comienza a leer —entre otros— textos de Marx y Engels, de Lenin. A causa de su actividad revolucionaria es expulsado de la facultad de medicina. Por aquellos tiempos Chile sufre el impacto de la crisis del capitalismo. La lucha de obreros y estudiantes hace temblar la dictadura militar de Carlos Ibáñez. El joven Salvador Allende, perseguido, se presenta en los funerales de su padre y allí hace el juramento de dedicar su vida a la causa del pueblo. Cuando el dictador Ibáñez es derrocado el 26 de julio de 1931, Salvador Allende puede regresar a la universidad y recibir su título de médico. En junio de 1932 participa en la creación de la fugaz República Socialista —así se llamó— que sólo duró doce días. Allende se define como socialista y antimperialista. Detenido, comparece ante tres cortes marciales en Valparaíso. Participa en abril de 1933 en la fundación del Partido socialista de Chile. Figura entre los promotores del Frente Popular, formado en mayo de 1936 por los partidos radical, comunista, socialista y radical socialista, que alcanza la Presidencia de la República el 25 de octubre de 1938, con Pedro Aguirre Cerda. A los 31 años Salvador Allende renuncia a su mandato de diputado por Valparaíso para asumir el cargo de ministro de salud en ese gobierno. Tiene el propósito de mejorar las condiciones sanitarias del país, sobre todo del pueblo. Dotado de gran capacidad de trabajo, elabora el proyecto de ley que instituye el Servicio nacional de salud. Se

propone la creación del Colegio médico. Particularmente preocupado por la suerte de la mujer y del niño, impulsa el establecimiento de las asignaciones familiar y prenatal, de las pensiones para las viudas y los huérfanos, así como para los obreros y los campesinos. Introduce la jornada de ocho horas de trabajo para los trabajadores de la salud. Escribe un libro notable, muy documentado. “La realidad médico-social de Chile”, que proyecta una luz estremecedora sobre el trasfondo de pobreza abismante en el cual se debate la mayoría de la población.

Cuatro veces candidato presidencial, Allende se convierte en la personalidad más destacada de la izquierda chilena. Presidente del Senado en 1966, se preocupa por la suerte de los sobrevivientes de la guerrilla del Che Guevara en Bolivia. Asegura su protección y los acompaña en el viaje por avión vía Isla de Pascua-Tahití a fin de que puedan dirigirse seguros hasta La Habana.

Cuando el 4 de septiembre de 1970 Salvador Allende gana la elección presidencial, pasada la medianoche, desde el balcón de la Federación de estudiantes de Chile, en Santiago, con una voz firme en la cual se transparenta la emoción del momento, precisa con clarividencia: “Si la victoria ha sido difícil, será aún más difícil consolidarla y construir la nueva sociedad”. Cuando, dos meses más tarde, entre a la Moneda, agrega que “el socialismo no es un don gratuito que los pueblos encuentran por azar en su camino”. Su gobierno no se da un momento de reposo. Estrecha relaciones con la Unión Soviética. Las restablece de inmediato con Cuba. Las extiende a todos los países socialistas. Y proclama su propósito de mantener vínculos amistosos con todos los países de la tierra, reforzando los lazos con las naciones del Tercer Mundo. Sus principios son los de la independencia, soberanía, autodeterminación, colaboración internacional y de apoyo a los pueblos en la lucha por su definitiva liberación. Nacionaliza todas las riquezas en manos del imperialismo. Da cima a la Reforma agraria. El mismo Allende advierte la respuesta de los grandes propietarios, de las multinacionales: “El capital extranjero —puntualiza al cabo de un tiempo—, el imperialismo ligado a la reacción han crado el clima para que las fuerzas armadas rompan su tradición”. De este modo anunció el curso de los acontecimientos que deberían conducir, con su inmolación, a la muerte de la democracia en Chile y a la instauración del fascismo.

A setenta años de su nacimiento y a cuatro años de su muerte heroica, la figura de Allende, caído dentro de una Moneda en llamas, que juró no abandonar con vida, se ha convertido en un símbolo del pueblo chileno y en una imagen mundial representativa de la más alta consecuencia y de fidelidad absoluta a su patria y a la revolución. Poco antes de morir, él sabía que el pueblo viviría para dar vuelta a esa página sombría. “Viva Chile, viva el pueblo, vivan los trabajadores”, expresó con convicción definitiva en su último discurso.

Su voz ha quedado resonando en el aire de la historia. Sus palabras no se borran. Salvador Allende recordó precisamente que la historia la hacen los pueblos y ellos son los que dirán la última palabra. El pueblo de Chile está en esa tarea. No prevalecerá Pinochet. Salvador Allende, a setenta años de su nacimiento, despliega su nombre y su ejemplo como una bandera de lucha como un sinónimo de la indestructible esperanza.